

PQ2199

CL

56



ACERVO DE LITERATURA
116991

ser, detenido cuando el atentado de Passanante como uno de los miembros de esos *Circoli Barsanti*, á los que ma un cabo rebelde y fusilado ha dado el nombre. Pero tan registrando los polvorientos libros del feroz librero, os. Si policía no ha descubierto nada más que una prodigiosa ade- cantidad de grotescos documentos en verso dirigidos vor contra los piemonteses y los franceses, contra los alemanes y la triple alianza, contra los republicanos italianos y los ministros, contra Cavour y Crispi, contra la Universidad de Roma y la Inquisición, contra los monjes y contra los capitalistas.

Uno de estos pasquines era, sin duda, lo que su parroquiano le veía acabar pensando cuánto abunda Roma en paradójicas quimeras de esta clase. En 1867 aquel mismo antiguo garibaldino cambiaba tiros en Mentana con los zuavos del Papa, entre los que el Marqués de Montfanón, así se llamaba el visitante, se encontraba. Veintitrés años habían bastado para hacer de los dos soldados apasionados de entonces dos monomaníacos inofensivos, de los que el uno vendía libros viejos al otro. Aspecto como el del gentil hombre francés, retirado allí para morir cerca de San Pedro, os sería difícil encontrar. ¿Creeríais, al verle calzado con gruesas botas, vestido con traje algo raído y un sombrero redondo que cubría su cabeza canosa, que estabais delante de uno de los elegantes de París de 1864? Escuchad esta otra historia. Escripúpo de devoción, nacidos después de una mortal enfermedad, arrojaron de golpe al parroquiano del café Inglés y de las alegres comidas de entonces á las filas de los zuavos pontificios. Su estancia en Roma durante los cuatro últimos años del gobierno de Pío IX, en aquella ciudad incomparable á la

30938

PP- que el presentimiento del fin próximo de un Estado se-
 cular, la aproximación del Concilio y la ocupación fran-
 cesa daban todavía un carácter más particular, le resul-
 ta encantadora. Todos los gérmenes de devoción depo-
 sitados en el gentil hombre por la educación de los je-
 suítas de Brugelette, acabaron de florecer para producir
 abundante cosecha de virtudes en los días de prueba,
 que vinieron demasiado pronto. Montfanón hizo la
 campaña de Francia con los otros zuavos, y la manga
 vacía que se repliega en el lugar de su brazo izquierdo
 atestiguan con qué valor se batió en Patay, en aquella
 carga sublime en que el heroico general de Sonis hizo
 desplegar el estandarte del Sagrado Corazón. Fué due-
 lista, *sportman*, jugador, enamorado, y para aquellos de
 sus antiguos camaradas de placer que el azar lleve á Ro-
 ma, no es ahora más que un devoto que vive pobremente,
 aunque conserva los restos de una gran fortuna; entre
 limosnas, oraciones, lectura.....y una colección.
 Todo el mundo adquiere esta última monomanía en
 Roma, que es uno de los más asombrosos museos de la
 historia y del arte. Montfanón reúne documentos para
 escribir la historia de las hazañas de la nobleza france-
 sa y de la Iglesia. Ciertamente que las mujeres de su
 tiempo, en el que era rival de los Gramont-Caderousse
 y de los Demidoff, no le reconocerían, ni él á ellas tam-
 poco. ¿Pero están ellas tan alegres como él ha queda-
 do? Tiene Montfanón los ojos azules que atestiguan su
 puro origen germánico y que alegran su rostro de pro-
 nunciadas líneas, uno de esos rostros de señor feudal,
 como se ven en los retratos colgados en las paredes de
 los monasterios. Un grueso bigote canoso, en el que flo-
 ta un vago reflejo de oro, oculta á medias una cicatriz

que daría á esta faz, un poco roja, un aspecto terrible
 sin la expresión de los dichos ojos, en los que hay una
 mezcla de fervor y de alegría; pues Montfanón es tan
 fanático sobre ciertos asuntos como jovial en otros. Si
 tuviese poder, haría, sin duda, detener, juzgar y conde-
 nar en veinticuatro horas á Ribalta, por ejemplo, por
 el crimen de ser librepensador. Pero no poseyendo este
 poder, se divierte con él, tanto más cuanto que el socia-
 lista descontento y el católico vencido tienen odios co-
 munes. Aquella misma mañana se ha visto con qué in-
 dulgencia había soportado la falta de delicadeza del
 viejo librero, á quien miró por espacio de diez minutos
 sin incomodarse. Al fin el feroz revolucionario pareció
 haber encontrado la punta de su epigrama, pues con
 malévola sonrisa dobló cuidadosamente en cuatro par-
 tes la hoja, y la guardó en un cofrecillo de madera, cu-
 ya llave quitó, y enderezando su largo y delgado cuer-
 po, dijo, sin pensar en excusarse:

—¿En qué puedo servirle á usted, señor Marqués?

—Primeramente ha podido usted leerme lo que ha
 escrito, viejo camisa roja—dijo Montfanón,—aunque só-
 lo fuera para recompensarme por haber esperado con
 más paciencia que un embajador. Veamos. ¿A quién
 injuria usted en esos versos? ¿A don Ciccio y á Su Ma-
 jestad? ¿No quiere usted responderme? ¿Acaso tiene
 usted miedo de que le denuncie al Quirinal?

—En boca cerrada no entran moscas—respondió el
 antiguo conspirador, justificando este proverbio por el
 modo con que cerró su boca desdentada, donde, en efec-
 to, no podía entrar en aquel momento, no ya una mos-
 ca, sino ni un átomo de polvo.

—Bien dicho—respondió el Marqués riendo,—Y ésa

es la frase que quisiera ver grabada en la fachada de todos los Parlamentos modernos. Pero entre sus versos y sus adagios, ¿ha tenido usted tiempo de escribir en mi nombre á ese revendedor de libros viejos que posee el último ejemplar de ese inencontrable libro sobre el proceso del bandido Hafner?

—Paciencia—respondió el mercader.—Escribiré.

—Y mis documentos sobre el sitio de Roma por Borbón, esas tres actas notariales que usted me ha prometido, ¿las ha encontrado usted?

—Paciencia...Paciencia...—dijo el comerciante; y añadió, mostrando con una cómica mezcla de ironía y desesperación el espantoso desorden de su tienda:—¿Cómo quiere usted que me entienda en este laberinto?

—Paciencia...Paciencia...—repitió Montfanón.—Hace un mes que no sale usted de esa canción. Si en lugar de componer ultrajantes versos se hubiera usted ocupado de su correspondencia, y si en vez de comprar siempre, clasificara usted ordenadamente ese montón, otra cosa sería. Pero—añadió, cesando de reír y con un gesto brusco—soy un tonto en reprocharle á usted sus compras, puesto que vengo para hablarle de una de las últimas. El cardenal Guerillot me ha dicho que usted le ha enseñado el otro día un libro de horas interesante, aunque en mal estado, que ha descubierto usted en Toscana. ¿Dónde está?

—Hele aquí—dijo Ribalta, que, franqueando muchas pilas de volúmenes y apartando con el pie un enorme montón de cartones, mostró el cajón polvoriento de un armario vacilante.

Tomó del cajón, entre un laberinto indescribible de objetos, medallas antiguas, clavos, encuadernaciones

vacías y grabados descoloridos, un estuche de cuero carcomido, sobre el que se veía un blasón medio borrado. Uno de sus broches estaba roto; y cuando el Marqués se puso á hojear el libro, pudo advertir que el interior no estaba mejor que el exterior. Algunas estampas habían primitivamente ornado la preciosa obra, pero ya estaban borrosas completamente. El pergamino amarillo estaba roto en varias partes. En una palabra, aquello era una ruina que el curioso gentilhomme examinó, sin embargo, con el mayor cuidado, mientras Ribalta, por aquella vez, se decidía á hablar.

—Una viuda de Montalcino me le ha vendido. Me ha pedido un precio enorme, y bien lo vale, por más que está deteriorado, pues esas miniaturas son de Matteo de Siena, que las había hecho para el Papa Pío II Piccolomini. Repare usted en esa que representa á San Blas bendiciendo los leones y las panteras. Es la mejor conservada. Es muy buena.

—¿Por qué pretende usted engañarme?—interrumpió Montfanón con un nuevo gesto de impaciencia.—Sabe usted mejor que yo que estas miniaturas son muy medianas, y que ni de cerca ni de lejos recuerdan la factura de Matteo, y vea usted la prueba en la fecha, 1554. Mire usted.....—y con su única mano mostraba la fecha al mercader—como tengo buena memoria, no he olvidado que Matteo murió antes de 1550. Yo, que no soy un colegial—continuó con la misma brusquedad,—le diré á usted lo que el Cardenal le hubiera dicho si hubiese usted pretendido engañarle con sus zorrerías como á mí. Mire usted esta palabra medio borrada que no ha sabido usted leer. Voy á descifrarla. Blaise de Mo... y después una c con algunas letras que faltan,

tres precisamente, que forman el nombre de Monluc con la ortografía de aquel tiempo, y la *b* trazada de un modo que hubiera usted podido comprobar en los archivos de Sienne. Y ahora, en torno de este blasón—y cerró el libro para detallar al otro, estupefacto, las armas apenas visibles de la cubierta—reconoce usted un lobo que primitivamente ha debido ser de oro, y roeles? Estas son las armas que Montluc ha llevado desde el año 1554, en que fué nombrado ciudadano de Sienne por haberla defendido tan valientemente contra el terrible marqués de Marignan. Respecto al estuche—y le tomó á su vez para examinarle,—éstas son las medias lunas de los Piccolomini. ¿Pero esto qué prueba? Que en la época en que le fué preciso retirarse á Montalcino, Montluc dió su libro de horas, á modo de recuerdo, á alguno de aquella familia. El volumen habrá sido robado después, casi en seguida, y, en fin, reducido al estado en que ahora se encuentra. Este libro es todavía una prueba de que algo de sangre francesa ha corrido al servicio de Italia. Pero los que le han vendido han olvidado esto como Magenta y Solferino. Usted no tiene memoria más que para el odio. Ahora que sabe usted por qué tengo deseo de poseer este libro de horas, ¿me le quiere usted vender en quinientos francos?

El librero había escuchado este discurso haciendo gestos que indicaban sus ideas contradictorias. Por costumbre sentía hacia Montfanón una especie de respeto mezclado de animosidad, por lo que le escocía haber sido sorprendido en flagrante delito de mentira. Preciso es añadir, para ser justos, que, al hablar del gran pintor Matteo y del gran Papa Pío II con ocasión del

malaventurado libro, no había creído que el Marqués, tan económico de ordinario y que limitaba sus compras á los libros que se referían á la historia eclesiástica, tuviese el menor deseo de poseer aquel devocionario. Había alabado el objeto en la esperanza de algún rico ignorante al que explotar. Por otra parte, si el nombre de Montluc nada absolutamente le decía, no pasaba lo mismo con la directa y brutal alusión que su interlocutor había hecho á la guerra de 1859. Esta es la espina clavada siempre en el corazón de aquellos de nuestros vecinos de más allá de los Alpes que no nos quieren mucho. El orgullo del garibaldino no quiso dejar pasar aquello, y con una brusquedad igual á la de Montfanón, cogió el volumen, y gruñó mientras le movía entre sus dedos manchados de tinta:

—No le daría por seiscientos francos.....No.....no le daría.

—Es mucho—replicó Montfanón.

—No—continuó el otro,—no le daría. Después, tendiéndole al Marqués, con furor manifiesto, dijo:—Pero á usted se le daré por cuatrocientos francos.

—Pero si yo le he ofrecido á usted quinientos—dijo el comprador.—¿No sabe usted que ya es un precio pobre para un objeto tan curioso?

—Tómele usted por cuatro—insistió Ribalta cada vez más furioso;—ni un *sous* más, ni uno menos. Es el precio que me ha costado. Y usted tendrá sus documentos dentro de dos días, y el proceso Hafner esta semana. Pero ese Borbón que ha saqueado Roma—continuó,—¿era un francés? Y ese Carlos Anjou que nos ha caído para hacerse rey de las Dos Sicilias, y ese Carlos VIII que ha entrado por la puerta del Pueblo, ¿eran france-

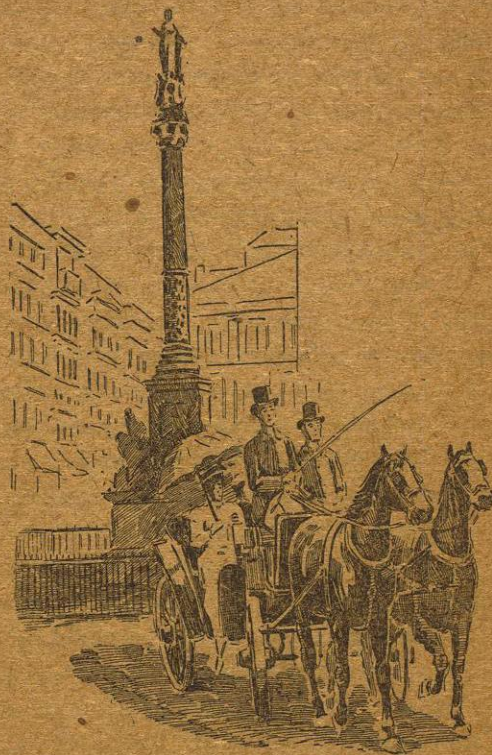
ses? Y Oudinot, ¿era francés? ¿Por qué venían á mezclarse en nuestros asuntos? ¡Ah! ¡Si fuéramos á cuentas! ¿Es que os hemos dado á Mazarín, Massena y Bonaparte, y otros tantos que han ido á morir en vuestro ejército en Rusia, en España y en otras partes? ¿Y en Dijón? ¿Es que Garibaldi no ha ido á batirse por vosotros estúpidamente? ¡Vaya usted.....vaya usted!..... Pero llévese el libro de horas, y buenos días.....buenos días. Ya me lo pagará usted.

Y literalmente puso al Marqués fuera de la tienda, gesticulando y arrojando los libros por el suelo. Montañón se encontró en la acera de la calle Borgoñona antes de haber podido sacar de su bolsillo el dinero.

—¡Qué loco, Dios mío, qué loco!—se dijo riendo.

Alejóse de la tienda, ligera y alegremente, con el precioso libro bajo el brazo. Después, como conocía á fondo esas naturalezas meridionales, mezcla de maldad y caballerosidad, formando don Quijotes que ponen en acción sus molinos, se preguntó: “¿Cuánto habrá todavía ganado, después de hacer el caballero ante mí?” No sabía el Marqués hasta qué punto estaba justificada la pregunta, ni que Ribalta se había hecho con el devocionario en un lote de papeles de grabados y de libros viejos, cuyo total le importó veinticinco francos. Dos encuentros que tuvo al salir de la tienda impidieron al Marqués meditar sobre este problema de psicología comercial. Habíase detenido un momento á la desembocadura de la calle para arrojar una mirada á la plaza de España, que le agradaba mucho en su calidad de viejo romano, como uno de esos viejos rincones que no han sufrido grandes trasformaciones con el transcurso del tiempo. Y con efecto, aquella mañana

de uno de los primeros días de Mayo, la plaza estaba encantadora, llena de luz y de movimiento, con el color obscuro de las irregulares casas que la rodeaban, ya todas animadas, con la doble escalera de la Trinidad



llena de perezosos, y con el agua que caía en el estanque en forma de barco colocado en el centro, uno de los innumerables caprichos de fantasía de Bernin, ese decorador célebre que tuvo el genio de la fuente viva.

A aquella hora, y en aquella claridad, la fuente, en

efecto, parecía tan llena de vida como los ligeros merodeadores que corrían llevando al brazo cestas llenas de pálidas rosas, de narcisos, de rojas anémonas, de frágiles climanes y de pensamientos sombríos. Con los pies desnudos, fulgores negros en los ojos y la súplica en los labios, andaban entre los carruajes, menos numerosos que en plena estación, pero sin embargo, bien numerosos aún, pues la primavera se había retardado aquel año, y se anunciaba deliciosamente fresca. Montfanón, católico ferviente, gozaba, ante el cuadro pintoresco de una hermosa mañana sobre la plaza más hermosa de su ciudad, el placer de acabar aquella impresión de un minuto por un sueño de eternidad. No tenía más que volver los ojos á la derecha, al colegio de la Propaganda, de donde parten todas las misiones del mundo. Estaba escrito, sin embargo, que el gentil hombre no había de gozar en paz ni del volumen obtenido á tan buen precio, y que apretaba bajo su único brazo, ni de aquella sensación tan romana; una repentina escapada á lo alto en mitad de una calle. Bastó para que su rostro se alterase, que un coche parase cerca de él, coche lujoso, no obstante la hora matinal, arrastrado por dos caballos negros, y en el que iban hablando dos mujeres. La una era visiblemente de clase inferior: alguna dama de compañía encargada de servir de rodri-gón á la otra, una joven de belleza casi sublime, con grandes ojos negros que brillaban en un rostro pálido, de una palidez ardiente. Su perfil, de una pureza oriental, realizaba tan completamente el tipo de la belleza judía, que no dejaba duda sobre el origen hebreo de aquella criatura, verdadera aparición que parecía poseer el poder de arrastrar todos los corazones tras ella,

usando la frase del poeta. Pero no; la jovial fisonomía del Marqués se había ensombrecido de repente, con una marcada expresión de malicia, al seguir con la mirada á aquella joven, que se disponía á doblar el rincón de la plaza, al mismo tiempo que Montfanón cambiaba un saludo con un joven muy elegante, que conocía sin duda mucho al antiguo zuavo pontificio, pues se le acercó con familiaridad, diciéndole maliciosamente y en francés puro:

—Y bien; le he sorprendido á usted, señor Marqués Claudio-Francisco de Montfanón. Usted la ha visto; usted ha sido vencido. ¿Devoraba usted con los ojos á la divina Fanny Hafner? ¡Tiemble usted! Voy á denunciarle á Su Eminencia el Cardenal Guerillot; y cuando usted le diga algo malo de su encantadora catecúmena, yo estaré allí para atestiguar que le he visto á usted hipnotizado á su paso como los troyanos por Helena. Y bien cierto estoy de que Helena no tenía esta gracia tan moderna, esta alma en la belleza, ese ideal perfil, esa profunda mirada, esa boca soñadora y esa sonrisa..... ¡Ah! ¡qué bella es! ¿Cuándo se hace usted presentar á ella?

—Si el maestro Julián Dorsenne—respondió Montfanón con el mismo aire picaresco—no pone más observación en su próxima novela que la que en estos momentos, compadezco á su editor. Venga usted aquí—añadió bruscamente, y arrastró al joven al ángulo de la calle de Borgoña.—¿Ve usted cómo la victoria se detiene ante el número 13, cómo se apea la divina Fanny, como usted la llama? Entra en la tienda de Ribalta.....No permanecerá en ella mucho tiempo.....Ya sale.....Vuelve á marchar en su victoria. ¡Lástima es